



IGLESIA DE SANTIAGO EN LUNA

en Aragon.

Este pequeño y antiguo templo cuya arquitectura es del estilo románico de los siglos XI y XII, ostenta sobre su puerta el *Lábaro de Constantino* tan comun en todas las iglesias construidas en aquella época: á la izquierda de su entrada, y bajo de la escalera que conduce al coro, se halla una lápida embutida en la pared con adornos góticos y dos escudos en redondo, en los que se ve la media luna, blason de la villa: esto que al parecer es un sepulcro, pretenden que sea el sitio donde se conservan los documentos de consagracion de dicha iglesia en el año 1111, por el obispo de la Cesaraugustana; en lo que están conformes todos los escritores.

Es la primitiva parroquia de Luna; y bajo la advocacion de Santiago apóstol, se halla hoy día en uso y es iglesia de grandes privilegios: está situada en la llanura de una eminencia que llaman vulgarmente *la Corona*, y dominando á la moderna parte de la poblacion.

El grabado que encabeza el presente artículo presenta la *mafronte* (1) y parte de lo demás de la iglesia. Esta fachada se levanta sobre tres escalones, y consta,—de una *portada resaltada*;—tres ventanas de arco abocinado, de las

cuales la central es mayor, y las colaterales de igual altura ambas entre sí;—y de una *espadaña* de un solo vano con *cabecera semicircular*.

La portada se compone de *jambas acodilladas* con dos *codillos* cada una, *impostas corridas* por todo el muro sobre las jambas; *arco abocinado* y con su *entresarco lleno*; *cornisa con canecillos* junto á la parte superior de la *archivolta*. Esta se ve adornada con *epiurage* ó *falso ajedrezado*, y un *funiculo*, además del círculo que contiene el monograma de Cristo semejante al del *Lábaro de Constantino* de que va hecha mencion. Los *canecillos* y la *cornisa* tienen toscos *relieves*.

Los vanos de las ventanas, á medida que van entrando en la pared se van estrechando hasta quedar reducidos á meras *aspilleras*.

Todas las *partes componentes y ornamentales*, que acabamos de enumerar, son otros tantos caracteres del *estilo románico* á que en el ingreso del presente artículo hemos atribuido este monumento, y del cual es un importante ejemplar.

JULIO ALVAREZ Y ADÉ.

(1) *Mafronte* se llama la fachada de los pies de una iglesia.

JUAN BAUTISTA DE TOLEDO.

Determinado el Rey á empezar la obra de San Lorenzo, puso la mira en diferentes sitios, hasta que á fines de 1561 envió á su secretario Pedro de Hoyo y á Juan Bautista de Toledo, á reconocer con los religiosos, que habian de dar principio á la fundacion, el del Escorial, que de resultas quedó elegido. En 1562 fue á tener la Semana Santa á Guisando, y llevó consigo á este arquitecto para que á su vista continuase la idea del edificio en que ya trabajaba. Volvió por el Escorial á tiempo que Juan Bautista tenia hecha la planta. Examinó el Rey despues el sitio; le agradó mucho; y se continuaron los diseños de la montea «en carta de cuerpo entero, secciones ó miembros, y despues en modelo de toda la obra de madera para que junta se viese mejor, y en su figura y compartimiento se enmendase lo que ello mismo mostrase ser necesario, procurando su mejora, por ser difícil acertar de la primera intencion y disposicion tantas cosas; todo por mano y diseño de Juan Bautista de Toledo, su arquitecto mayor.» (1)—«Traza famosa (dice Juan de Arfe; *Varia Conmesuración*), en que se acabó de poner en su punto el arte de la arquitectura.» (2)

Entretanto se iban disponiendo las cosas necesarias para la obra. Nombró el Rey veedor y contador: mandó acopiar gente y materiales; y por lo respectivo á aparejadores ó maestros subalternos para ponerla en ejecucion expidió la cédula que se sigue: «Venerables y devotos padres, prior y vicario del monasterio de San Lorenzo... y nuestro veedor y contador de la fábrica... Porque habemos encomendado á Juan Bautista de Toledo etc.»

Elegió Juan Bautista por aparejadores á Pedro de Tolosa y á Lucas de Escalante: concluyó las trazas, las firmó el Rey, y partió de Madrid con ellas y el modelo, para la aldea del Escorial. Se preparó el sitio, se empezaron á abrir las zanjas dando á la fachada de Mediodia medio grado de declinacion hacia el Oriente, y á 23 de abril de 1563 juntando Juan Bautista los religiosos, aparejadores, oficiales y peones, sentó la primera piedra debajo de la silla prioral del refectorio, con esta inscripcion:

En la superficie alta.

DEUS O. M. OPERI ASPICIAT.

En el un lado.

PHILIPPUS II. HISPANIARUM REX.

A FUNDAMENTIS EREXIT.

MDLXIII.

Y en el otro lado.

IOAN. BAUTISTA ARCHITECTUS.

IX. KAL. MAII.

Empezados los fundamentos dió el Rey en 10 de agosto una instruccion general para el gobierno de la fábrica, en que previno que los oficiales y maestros que trabajasen en ella, los hubiese de recibir el maestro mayor con intervencion del prior, vicario, veedor y contador, y que fuese maestro Juan Bautista de Toledo: «llevándola á debida ejecucion hasta que de todo punto fuese finida y acabada llaves en mano»

Gratificó el Rey entonces á Juan Bautista con dos ayudas de costa de á 200 ducados cada una, pagadas en el Escorial y en Madrid, y le asignó 400 ducados de pension anual sobre las rentas del obispado de Segovia, de los cuales no habia cobrado cosa alguna al tiempo de su muerte. A principios del mismo año le habia acrecentado el sueldo con otros 200 ducados á fin de que mantuviese discípulos que le ayu-

dasen en las trazas y modelos, «que le ordenáremos y se hubiesen de hacer para nuestras obras, y á las demas cosas de la arquitectura, y para que en su lugar asistan en las obras que él les mandare.» (1) Uno de estos discípulos que habia de mantener, fue Gerónimo Gili; y se pudiera presumir que el otro fue Juan de Herrera, ó Juan de Valencia, si no constase que en el mismo dia se concedió separadamente el sueldo de cien ducados á cada uno.

La primera intencion del Rey fue hacer una casa para 50 religiosos y otra igual para sí, con la iglesia en medio. Sobre esta idea formó Juan Bautista las trazas de un edificio dórico en un cuadrilongo de 580 pies castellanos de Oriente á Poniente, y de 740 de Norte á Sur. Dividió este cuadrángulo en 3 partes de Oriente á Poniente: la de enmedio para templo, atrio y entrada principal: el lado hácia Mediodia repartió en 5 claustros, uno grande y cuatro pequeños que juntos fuesen como el grande. El lado del Norte dividió en 2 partes principales, una para aposento de damas y caballeros, y otra que despues se redujo á colegio y seminario, para oficinas de casa real y convento. Al Oriente sacó fuera de la línea otro cuadro para aposento real, que abrazase la cabeza ó capilla mayor de la iglesia; y así se pudiesen hacer tribunas con vistas al altar mayor. Los claustros menores no habian de tener mas que un suelo alto, esto es, un suelo bajo y otro principal con dos órdenes de ventanas; y el claustro grande, mayor altura y mas órdenes de ventanas á lo exterior. Entre los claustros grandes y los pequeños una torre para disimular la diferencia de alturas: de modo que ademas de las 4 torres de las esquinas del cuadro, se deberian construir otras 4, una en medio de la fachada del Norte, otra en la del Sur, y dos en la de Poniente, para que correspondiesen á las dos de las campanas, que se habian de hacer á los lados de la capilla mayor de la iglesia al Oriente. Así era el modelo de Juan Bautista, que en cuanto á la planta en su extension y disposicion no tenia diferencia sustancial de lo que se ve edificado...

Asistia Toledo en aquella obra el tiempo que se necesitaba para disponer lo que habian de ir ejecutando los aparejadores: en lo demas residia en Madrid, y seguia al Rey en sus jornadas, dándole alojamiento en los sitios, particularmente en el Escorial, donde le tenia estable. Puede inferirse que desde su venida dirigió las obras del alcázar, mediante que sobre sus fondos se le asignó el sueldo y una ayuda de costa; pero no se le encargaron formalmente hasta que habiendo fallecido Luis de Vega, dió el Rey una instruccion en 10 de agosto de 1563, mandando que Juan Bautista de Toledo fuese maestro mayor de dichas obras: que fuese de su cargo recibir los maestros y oficiales que hubiesen de trabajar, comunicándolo con el proveedor y contador; y que firmase con ellos las libranzas, y tuviese una de las llaves del dinero. Ratificó el Rey esta disposicion por cédula de 6 de agosto de 1564, en que dice: «Y es nuestra voluntad que Juan Bautista de Toledo, nuestro arquitecto, sea maestro mayor de dichas obras; y como tal, intervenga en todas las cosas arriba declaradas, y lleve á debida ejecucion dichas obras, hasta que de todo punto sean finidas... conforme á las trazas generales y particulares que están hechas, y las que de aquí adelante mandaremos hacer.»

Debe notarse que sin embargo de que Juan Bautista era el arquitecto del Rey, fue necesario declararle maestro mayor para que interviniere en las cosas referidas. Solo él tenia título de *arquitecto* y el de *maestro mayor* le tenían varios. El *arquitecto*, era el inventor ó trazador de una obra, el que proyectaba y ordenaba lo que se habia de hacer en ella: el *maestro mayor* el que despues de inventada y ordenada, por sí ó por otro, tenia encargo particular de construirla, reconociéndole por cabeza, y obedeciendo sus órdenes los

1) Cabrera, libr. VI, cap. XI.

(2) Debe entenderse en España.

(1) Cédula de 18 de enero de 1563.

subalternos. Había y hay ocasiones en que estos respetos van separados; inventando uno, y presidiendo otro á la ejecución; pero las mas veces andan juntas, como sucedió á Juan Bautista en el Escorial y alcázar de Madrid.

Aunque no se sabe que obras hizo en este alcázar, se puede presumir continuó las que en la galería del cierzo había empezado Luis de Vega, pues hay una traza con una nota de mano de Felipe II, que dice: *Hase de pasar á Juan Bautista*; y que diseñó y empezó la galería y torres de poniente. Nada existe con que importa poco averiguarlo.

Por su direccion se hizo el cuarto que tenía el Rey en San Gerónimo, antes de que se edificase el Buen Retiro, que es aquel pedazo de habitacion que une á la iglesia por la parte de oriente, donde hay un pequeño pórtico sobre columnas. Bajo sus órdenes hizo un holandés, llamado Pedro Janson los estanques de la Casa del Campo para criar pescados exquisitos. Diseñó el palacio que el cardenal de Espinosa, presidente del Consejo real, valido de Felipe II, hizo construir en Martin Muñoz de las Posadas, su patria, y la capilla que erigió allí para su entierro.

Otros edificios hay que es dudoso si son suyos ó de Juan de Herrera, como la casa del secretario Diego de Vargas en su villa de Esteban Ambran, y la excelente parroquia de Villacastín de 3 naves, toda de piedra. Por falta de papeles ó poca diligencia de las personas á quienes se pidieron noticias, queda en duda cual de los dos hizo el diseño; pero es fama en aquella villa, que fué el arquitecto del Escorial, y que la construyó el de la iglesia de Segovia.

Echada ya la mayor parte de los fundamentos de la obra del Escorial, y empezándose á levantar la montea, que por la torre que llaman *del Prior* entre oriente y sur, y por toda esta línea, llegaba casi á la mitad de la altura que ahora tiene, murió Juan Bautista en Madrid á 19 de mayo de 1567. Había otorgado su testamento cerrado en 12 del mismo, siendo testigos, entre otros, Juan de Herrera, Juan de Valencia y Gerónimo Gili, y otorgó un codicilo el mismo día que falleció: uno y otro ante Cristóbal de Riaño, escribano del número. No hizo memoria de sus padres ni patria. Se mandó enterrar en la iglesia de Santa Cruz, comprando para ello sus albaceas una sepultura, sobre la cual se pusiese una lápida de mármol con un letrero que dijese su nombre y el día de su fallecimiento, y que fuese en el coro, y se hiciese un altar embebido en la pared con un arco, donde se celebrase misa, poniendo en él un cuadro al óleo con la imagen de Nuestra Señora.

Dispuso que con el valor de sus bienes se comprase renta para emplearla perpétuamente en la limosna de 3 misas cada semana en dicho altar por su alma y la de sus difuntos, diciéndolas Juan de Valencia, mientras viviese; y que lo demás se emplease cada año en casar huérfanas, dando á cada una 15,000 maravedís, las cuales hubiesen de ser honradas y pobres, naturales de Madrid, prefiriendo á sus parientas en cualquier grado, aunque fuesen transversales. Dejó por patronos de esta memoria pia al prior de San Gerónimo, al guardian de San Francisco y á un regidor de Madrid; y el haberla fundado á favor de naturales de esta villa, parientas suyas, es un argumento casi decisivo de que él era tambien natural de ella. Se depositó su cadáver el día 20 de mayo en el coro de la parroquia de Santa Cruz; pero no existe el altar ni la sepultura. Acaso no llegaría á hacerse, pues no los menciona Quintana mencionando otros que había en la iglesia antigua; y si se hicieron, se quitarían cuando se demolió para construir la moderna.

En el codicilo encargó á sus albaceas Luis Hurtado, vecedor, Pedro de Santoyo, pagador de los alcázares de Madrid, y Francisco Giralta escultor, entregasen al Rey un memorial que dejaba firmado, por el cual le suplicaba se sirviese, segun el órden que en él se contenia, de las personas, «que

»son suficientes para servir á S. M. en las obras y edificios, »de que en el memorial se hace mencion, porque aquello es »lo que conviene á la utilidad y buen suceso de dichas »obras; y como persona que desea esto, y especialmente el »servicio de S. M. ha procurado de pensar y tratar consigo »mismo lo que seria mejor para ello, y cierto no halla otra »órden ni cosa mejor que aquello:» y que tambien se entregasen á S. M. 10 envoltorios de papeles que en el mismo memorial decia dejaba apartados. Los sugetos que recomendó para las obras, pueden inferirse, segun los destinos que despues les dió el Rey, fueron en primer lugar Juan de Herrera, y despues Juan de Valencia y Gerónimo Gili.

Juan de Arfe dice que la muerte de Juan Bautista causó mucha confusion y tristeza, «por la desconfianza de hallar otro hombre semejante» Cabrera le llama *arquitecto inmortal*; y el P. Sigüenza, que tenía voto en el asunto, «varon de gran juicio y escultor (1), que entendia bien el diseño, sabia lengua latina y griega, y tenía mucha noticia de filosofia y matemáticas, y al fin se hallaban en él muchas partes que Vitrubio, príncipe de los arquitectos, quiere que tengan los que han de ejercitar la arquitectura y llamarse maestros en ella.»

DISCURSO

pronunciado en la inauguracion de la enseñanza de lengua sanscrita en la Universidad Central de Madrid

POR D. MANUEL DE ASSAS.

PARTICULARIDADES DE LA LENGUA SANSKRITA.

La lengua sanscrita es muy abundante y nerviosa. La primera de estas cualidades nace en gran manera del inmenso número de palabras compuestas, de que está casi enteramente llena. «El Sanscrito,» dice Sir William Jones, «como el griego, el persa y el alemán se complace en hacer compuestos; pero en mucho mas alto grado, y ciertamente con tanto exceso que puedo presentar palabras de mas de 20 sílabas; no formadas jocosamente como aquella por la que el bufon en Aristófanes describe una fiesta, sino con toda seriedad, en las mas solemnes ocasiones, y en las obras mas elegantes.» Pero el estilo de sus mejores autores es admirablemente conciso. En la regularidad de su etimología excede mucho al griego y al árabe; y, como ellos, tiene un prodigioso número de derivados de cada raíz primitiva. Las reglas gramaticales son tambien numerosas, aunque no hay muchas anomalías. Como ejemplo de esta asercion se puede observar que todas las declinaciones de nombres tienen los números *singular, dual y plural*, y todas ellas estan diferentemente formadas segun que terminan en consonante, ó en vocal corta ó larga; difiriendo ademas segun los diversos géneros. Ni un caso nominativo se le puede formar á ninguno de estos nombres sin la aplicación de cuatro reglas al menos, las cuales varían igualmente con cada particular diferencia de los nombres; y á esto puede añadirse que cada palabra en la lengua puede usarse en todas las declinaciones.

La parte fundamental de la lengua sanscrita está dividida en 3 clases: *Dhaat*, ó raíz de verbos, que algunos llaman elementos primitivos; *Shubb*, ó nombres originales; y *Evyá*, ó partículas. Las últimas son indeclinables, como en las demas lenguas; pero las palabras comprendidas en las 2 primeras clases pueden ser preparadas por ciertas adiciones é inflexiones para ajustarlas al sitio que las corresponde en la

(1) Esta es la única noticia que hallo de que fuese escultor.

composicion. Y aqui es donde el arte gramatical ha encontrado espacio para explayarse y emplear todos los poderes del refinamiento. Ni una sílaba, ni una letra se puede añadir ó alterar sino por régimen; ni la mas insignificante variacion del sentido, en la mas minuciosa subdivision de declinaciones ó conjugaciones, puede efectuarse sin la aplicacion de varias reglas; todas las diferentes formas de cada cambio de género, número, caso, persona, tenso, modo ó grado, estan metódicamente arregladas para auxilio de la memoria, con arreglo á una escala inerrable. El número de las partes radicales ó elementales es sobre 700; y á estas, como á los verbos de otras lenguas debe su origen una copiosísima familia de nombres verbales; pero el número de las últimas se cree que no esceden á las de los griegos ni en cantidad ni en variedad.

Al triple manantial de voces mencionado, se puede reducir toda palabra de origen verdaderamente indiano, por medio de un laborioso y crítico análisis. Todos aquellos términos que está enteramente probado no tener relacion con alguna de las raíces sanscritas son considerados como productos de algun remoto y extraño idioma, progresivamente injeridos en el tronco principal; y se cree que juiciosas investigaciones, partiendo de este principio, pueden arrojar nueva luz sobre la primera invencion de muchas artes y ciencias, y hallar una rica mina de descubrimientos filológicos.

Las raíces de la lengua sanscrita son monosilábicas; y, al contrario de lo que se observa en las lenguas semíticas, las vocales importan aquí al sentido de las radicales, que terminan en efecto, tomando en cada caso valores primitivos diferentes, ya por una consonante, ya por una vocal. Los catálogos ordinarios de las radicales sanscritas no contienen mas de 4,700 de estos elementos etimológicos de la lengua; pero de las voces simples se puede formar un número indefinido de voces compuestas.

La eufonia hace un gran papel en la formacion y cambio de las formas gramaticales; y la escritura, segun dejamos dicho, sigue y consagra las modificaciones que esta causa da á las inflexiones normales de las voces. Los gramáticos indios designan bajo los nombres de *guna* y de *vridhhi* dos grados de modificacion por alargamiento de la vocal, que se encuentran frecuentemente en los derivados, y dan el nom-

bre de *sandi* á la alteracion no menos frecuente que sufre una palabra empleada en composicion en la parte que se encuentra en contacto con el otro elemento del compuesto.

No consiste la analogía que presenta el Sanscrito con nuestras lenguas clásicas solamente en la identidad de las radicales; sino que tambien se encuentran en la estructura gramatical de las lenguas otras conexiones no menos íntimas. El Sanscrito ofrece, por ejemplo la *a* privativa, los aumentos y reduplicaciones de los griegos, los incrementos de los latinos. El Sanscrito tiene como el latin y el griego, tres géneros gramaticales, que no están mas que en estas lenguas ó en el alemán siempre en relacion con el género natural del objeto nombrado. Tiene como el griego tres números. Su declinacion ofrece ocho casos, (dos mas que en latin, el *locativo* y el *instrumental*); pero en el número dual los casos se reducen á tres. El adjetivo toma como el sustantivo las inflexiones de los casos. En el nominativo singular sus terminaciones son lo mas comunmente, como en latin y en griego, la vocal *á* para el femenino y una nasal para el neutro. La *s* es como en nuestras lenguas clásicas y en los idiomas germánicos, la final mas ordinaria del genitivo. La conjugacion presenta 6 tiempos, 6 modos y 3 voces. Entre los tiempos se cuentan en indicativo 3 presentes y 2 futuros. Los otros modos, que no tienen cada uno mas que un solo tiempo, (el presente), son el subjuntivo ú optativo, el imperativo, el precativo, el condicional y el infinitivo. La voz media de los tiempos griegos existe igualmente en Sanscrito. En el activo los verbos regulares presentan un número de conjugaciones que varia, segun los autores, de 7 á 14. El pasivo no tiene mas que una forma; pero á esta conjugacion única se deben añadir, como formas ó conjugaciones derivadas las de los verbos *causativos*, *desiderativos*, *frecuentativos*. La conjugacion no admite mas que excepcionalmente el empleo de un auxiliar, que es el verbo sustantivo *contracto*.

Aunque nuestras preposiciones sean de continuo reemplazadas en Sanscrito por las inflexiones finales de los nombres, esta lengua no es menos abundante en particulas de toda especie.

El Sanscrito abraza en su inmensa estructura todas las formas gramaticales y todas las principales raíces que sirven de base á los idiomas de los pueblos mas civilizados.

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.



Figura del mónstruo que salió de un huevo.

El mónstruo que aqui se vé pintado se encontró dentro de un huevo en su parte mas central. Su cara era realmente humana, pero la cabellera horrorizaba, siendo toda de

culebras. De la barbilla salian otras tres culebras á manera de barbas. Se vió primero en Autun en casa del abogado Bancheron en ocasion de cascar su criada muchos huevos

para freirlos con manteca. Dada la clara de aquel huevo á un gato, este murió repentinamente. Por último habiendo llegado el mónstruo á las manos del Baron Senescal se le

llevó al Rey Carlos IX de Francia que á la sazón estaba en Metz.



Figura de los gemelos unidos en una sola cabeza.

En el año de 1569 una mujer turonense parió dos gemelos unidos en una sola cabeza y abrazándose mutuamente.

Envióme su esqueleto Renato Ciretus famosísimo en la comarca de Tours.

UNA VIOLETA, POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Conclusion.)

Una terrible detonacion rompió el silencio del cementerio. Una densa manga de humo se levantaba junto á una estatua de mármol blanco: un hombre vestido de negro se veía tirado en tierra junto al pié de aquella estatua; pero aquel hombre no estaba muerto; estaba luchando con las terribles angustias de la agonía.

Su rostro está pálido, sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos: la mano derecha descansa en una violeta que lleva en el pecho, y la sangre roja brota á borbotones de su costado.

Al soltar el gatillo tembló de nuevo Alfredo, y el tiro en lugar de ir á la frente, se deslizó al costado.

Tan luego como oyeron la detonacion, los sepultureros, corrieron al lugar donde salía el humo; y al ver aquel hombre tendido, gritaron dando un paso atrás:

—¡Suicida...!

A este grito abrió Alfredo sus negros ojos, y ya encontró junto á sí al capellan del cementerio que era un anciano y venerable sacerdote.

El capellan se sentó en el poyo de cesped en que poco antes lo habia estado el infeliz Alfredo; tomó al herido de los sobacos, y haciendo un grande esfuerzo logró incorporarlo.

Alfredo dejó caer con languidez la cabeza sobre el pecho del sacerdote, y el brazo derecho tendido hacía el suelo.

Su sombrero andaba rodando por la tierra; y junto al sombrero se veía la fatídica pistola.

—Hijo mio: le dijo el sacerdote en tono apostólico; ¿te quieres confesar?

Alfredo abrió los ojos en ademan afirmativo.

El sacerdote hizo despejar á los sepultureros. Cuando hubieron quedado solos, volvió á decirle:

—Hijo mio; ¿crees en ese Dios Omnipotente que ha criado los cielos y la tierra?

—Si creo: murmuró el herido.

—Pues entonces, ¿porqué te has muerto?

—Por amor...

—¡Maldito amor! exclamó el sacerdote levantando los ojos al cielo.

Luego prosiguió:

—¿Y tienes alguna manda que hacerme en tu hora postrimera?

—Si señor.

—¿El qué?

—Que todo mi dinero lo repartan entre los pobres...

Alfredo no podía hablar: las ansias de la muerte apagaban su voz: la sangre de su herida corría espumosa por la sotana del buen sacerdote.

—¿Qué mas tienes que decirme? tornó á preguntarle.

—Que entreguéis esta carta á quien va dirigida.

El sacerdote sacó con dificultad una carta de la faltriquera del herido.

—¿Qué mas?

Alfredo ya no podía hablar: su rostro estaba blanco como el papel.

—¿Qué mas? volvió á preguntarle el sacerdote.

—Que me entierren aquí... con el traje que llevo... y sin quitarme esta violeta.

El sacerdote le limpió el sador frio que bañaba su frente: y conociendo que se aproximaba el último momento de aquel desgraciado; le dijo en alta voz:

—Hijo mio; ¿pides á Dios perdon de todas tus culpas?

La voz del sacerdote se tendió sublime por aquel solitario lugar.

Alfredo abrió los ojos en ademan afirmativo.

El sacerdote fijó la vista en el cielo; elevó á Dios su espíritu; y levantando la mano derecha con dignidad, hizo en

el aire la señal de la cruz sobre el cuerpo del herido. Y como si aquella cruz fuera el signo escrito por el Eterno, se estremeció el herido, hizo un leve movimiento, y dejó caer de golpe la cabeza sobre los muslos del sacerdote.

El sacerdote lo estimuló con la mano, pero fué en vano, Alfredo había muerto.

El suave vientecillo de la noche comenzó á agitar los árboles del cementerio.

III.

Eran las nueve de la noche.

Adamina y su tía estaban como de costumbre, sentadas en el balcón: pero Adamina callaba, y la tía la miraba sin atreverse á interrumpir su silencio.

En esto entró la doncella, y entregando un periódico á Adamina le dijo:

—La Esperanza.

—Se la leere á usted tía, dijo Adamina con estinguida voz; otras noches se la leía á usted Alfredo. ¡Pobre! ¿dónde estará ahora?

—No te acuerdes ya de él, le dijo la tía con acento de dolor.

—Tiene usted razon, no me pertenece; respondió la jóven con amarga conformidad: mañana tal vez me uniré á otro hombre, y pasado mañana me uniré á mi madre.

Y levantó los ojos al cielo.

—¿Y abandonas á tu tía que tanto te quiere? exclamó la pobre anciana.

—¡Ay tía de mi vida! no puedo vivir sin él.

—Vaya, lee el periódico hija mia, dijo la tía por distraer aquella conversacion.

—¿Qué quiere usted que lea?

—Lo de siempre, la gaceta.

La jóven leyó:

BAILE: segun se nos ha asegurado, el jueves próximo se celebrará uno suntuoso en casa de la Marquesa de Visleflor, por haber llegado de Inglaterra su hermano el Conde de Cloustard.

—¡Ay tía mia! exclamó la niña: ¡para que me llevaría usted á casa de esa marquesa...!

—¿Cómo ha de ser hija mia! murmuró la tía con dolor.

—¿Asistirá Alfredo? preguntó Adamina.

—No te acuerdes ya de él; respondió la tía.

—Es verdad; repuso la jóven, pero no puedo borrarle de mi memoria.

Después continuó leyendo:

SUICIDIO:

—Eh... no leas eso; la interrumpió la tía, me arrendran esas cosas.

Pero á pesar de lo que dijo la tía, continuó la jóven leyendo:

Al entrar nuestro periódico en prensa, nos ha llegado la triste noticia de que en el cementerio de la Sacramental de San Luis, se ha pegado un pistoletazo en el pecho un óven de veinte y cuatro años: y nos cabe el doble disgusto de tener que noticiar al público que este jóven era el distinguido poeta español D. Alfredo Valparaíso.

—¡Ay! exclamaron á la vez tía y sobrina lanzando un agudo chillido; y la una cayó desmayada; y la otra se arrojó delirante á socorrerla.

La desmayada era Adamina: la delirante era su tía.

Al grito agudo que ambas lanzaron, entró acelerada la doncella; al ver aquella escena desastrosa comenzó tambien á gritar, y á abrazarlas y á llorar, y bajaron los vecinos, y todos gritaban, y nadie se entendía, y la anciana sollozaba, y la pobre Adamina continuaba sin sentido: y de esta manera borrascosa, se deslizó un cuarto de hora.

IV.

A las diez de la noche, el aspecto de aquella humilde habitacion era menos agitado, pero mas sério y melancólico.

Adamina sollozando con pena, cual si áspero dogal apretara su garganta, se veía tendida sobre un lecho de acero; su tía afligida estaba sentada á su lado: en la puerta de la alcoba estaba la doncella, tambien sentada en una silla, tambien llorosa.

La luz que alumbraba el gabinete era el triste resplandor de una lamparilla casi oculta entre dos sillas de un rincón.

Todos callaban; y en este silencio se escuchaban los sollozos de la jóven, sollozos de amargura, gemidos mortales que salían de su corazón dolorido.

Entonces tocaron el cordón de la campanilla. La doncella salió á abrir, y á los cuatro segundos entraba en el gabinete de su hija, seguido de la misma doncella, D. Leopoldo; pero venía pálido, ojeroso, asustado.

Sin decir palabra, sin saludar á nadie, y tal vez exhalando un suspiro que en vano tratara de reprimir, penetró en la alcoba, y se sentó junto á la cama de su hija.

Al verlo esta, comenzó á llorar de nuevo.

—¿Qué tienes? le preguntó entonces su padre.

La jóven no pudo responder.

—Un nuevo disgusto, contestó la tía afligida.

Si los disgustos que te agobian, prosiguió el padre de Adamina, nacen de haberte separado de tu amante, ya pueden cesar todos, pues desde este momento estas en libertad para unirte á quien quieras.

—¿Qué dices? preguntó la vieja atónita.

—Si; prosiguió el padre, el novio que yo le tenía preparado á mi hija, acaba de pegarse un pistoletazo.

Un fuerte movimiento de sorpresa se observó en las tres mujeres.

—¿En dónde se lo ha pegado? preguntó la vieja.

—En el cementerio de la Sacramental de San Luis.

—¿Cómo se llamaba?

—Alfredo Valparaíso.

—¡Dios mio...! gritaron desesperadas las tres mujeres: y otra vez se anegaron en amargo llanto.

—¿Qué es esto? preguntó el padre asombrado.

—¡Alfredo de mi alma...! gritó desde su lecho la jóven afligida; y se arrancó los cabellos á puñados.

—¿Qué es esto...? ¿qué quiere decir esto...? volvió á gritar atónito D. Leopoldo.

—Que ese mismo Alfredo que se ha suicidado, era el jóven á quien amaba tu hija.

—¡Santo Dios...! exclamó D. Leopoldo pegando una patada en el suelo.

Y escondió su rostro entre las manos.

Sordos gemidos salían de aquella habitacion.

Luego, levantando en alto los brazos D. Leopoldo, exclamó como un demente.

—Yo soy la causa de esta terrible catástrofe...

—Vos sois la causa de la muerte de mi Alfredo... gritó su hija desde el lecho del dolor.

—¡Perdon... hija mia! exclamó su padre cayendo de rodillas junto á la cama.

Entonces, fijando en él Adamina su lánguida mirada, le dijo con voz entera.

—Un padre nunca debe pedir perdon á su hija; ese perdon pedídselo al cielo.

—¡Perdon... Dios mio! exclamó entonces el padre, y acongojado dejó caer la frente sobre la cama.

Hubo un instante de profundo silencio; y en este silencio se dejó oír sonora la campanilla de la puerta.

La doncella salió á abrir lijera; y á los pocos momentos volvía acompañada de un sacerdote con el sombrero en la mano.

—Esa es la señorita Adamina, dijo la doncella señalando la cama.

El sacerdote hizo una modesta cortesía, y después habló así:

—Señores, el triste aspecto que reina en esta habitación, me hace conocer que no ignoran ustedes la desgracia que ha ocurrido esta tarde en el cementerio de la Sacramental de San Luis.

Adamina comenzó a llorar con desesperación.

—¿Usted tal vez la haya presenciado? dijo en tono afligido la anciana.

—Sí señora, la he presenciado.

—¿Y cómo ha sucedido ese catástrofe? cuéntelo usted por piedad.

—¿Para que quiere usted señora, oír escenas tan tristes y desagradables? reaguémoslas al silencio; y bástele á usted saber que aquel infeliz mancebo que en un momento de ciego frenesí, ha atentado contra su vida; ha muerto al fin como cristiano, ha espirado entre mis brazos, y preguntándole yo si me dejaba alguna manda que cumplir; me ha contestado entre los suspiros de la muerte, que repartiera todo su dinero entre los pobres, que se le enterrara en aquel mismo sitio y sin quitarle una violeta que llevaba en un ojal del frac.

Adamina redobló su llanto al oír estas palabras.

—Y que entregase esta esquela á la señorita Adamina.

Todos se admiraron sobre manera; pero la joven lanzó un grito de terrible sorpresa; y sentándose desgreñada sobre la cama, exclamó:

—Dádmela por Dios, señor cura.

El sacerdote se la entregó. Ella la besó primero, la apretó contra su corazón, rasgó el sobre; y á la luz de una vela que acercó su tía, comenzó á leer de este modo:

Cuando leas estas letras, querida Adamina, será cadáver tu Alfredo. Una carta de tu padre me rechaza de tu lado, y como yo no puedo ya vivir separado de ti, huyo de un mundo en que todo me es odioso. Tu vive feliz, hija mía, en el mundo en que te dejo, y cuando vayas á casa de la marquesa de Visleflor, y aquellas coquetas que me insultaban, hablen de mí; diles que el poeta sabía amar, porque ha sellado el amor con su propia sangre. A Dios Adamina; una lágrima... solo una lágrima de cariño implora de tí, en el último momento de su vida, tu apasionado ALFREDO.

La impresión que en aquella familia produjera la lectura de esta esquela, se deja conocer fácilmente, por lo cual omitimos tan lamentable descripción.

Pasados dos minutos exclamó el padre de Adamina con acento desgarrador.

—Yo he labrado para siempre la desgracia de mi hija; ¡Dios mío! ¡cómo me haré merecedor á su perdón!

—Otorgándome un favor. Respondió la joven con lánguida voz, pero sin verter una lágrima.

—¿Cuál? preguntó su padre convulso.

—Permitirme entrar mañana mismo, en el convento de las monjas del Carmen descalzas.

—Y me abandonas á mí, ¡hija mía! gritó afligida su anciana tía.

—Sí, Adamina, vete á un convento; repuso su padre conmovido hasta el corazón, huye de este padre que te ha asesinado; yo no soy digno de vivir mas contigo...!

—Profundos sollozos y suspiros, sucedieron en aquel gabinete á la exclamación del padre.

Después dijo Adamina con melancólica voz, rompiendo el silencio en que todos yacían.

—Señor cura.

—Que quiere usted hija mía, respondió el sacerdote.

—Que puesto que me retiro del mundo mañana; justo es que hoy escuche usted también mi última voluntad.

La tía se deshacía en llanto; el padre permanecía con la cabeza baja y los brazos cruzados.

—¿Qué ordena usted hija al abandonar el mundo? repuso el sacerdote.

—Que yo deseo espirar en los mismos brazos en que espiró mi Alfredo; que cuando dé usted tierra á su cadáver, le diga usted en mi nombre *Adamina te amó*; que cuando yo me muera me entierren ustedes junto á él; y puesto que él ha pedido como me ofreció la noche en que lo conocí, que lo entierren con la violeta que yo le entregué aquella misma noche; yo le suplico á usted que me entierren á mi también, con esta carta que me envía él al tiempo de morir, cuya carta será mi único consuelo en la austera celda donde voy á entrar.

—Todo se cumplirá como usted desea cuando llegue ese caso. Repuso el sacerdote.

Y después dirigiendo una mirada escudriñadora en torno suyo, prosiguió:

—Señores, puesto que el dolor ha sembrado la discordia en esta casa, aunque por breves momentos; justo es que antes de despedirnos, invoquemos el perdón del cielo.

A esta palabra del sacerdote se arrodilló la primera Adamina sobre la cama; cruzó las manos é inclinó la frente. Se arrodillaron en el suelo su padre, su tía y la doncella; y puesto de pie el sacerdote en medio de todos; exclamó con voz conmovida.

—¡Señor... caiga vuestro perdón sobre esta desgraciada familia...!

Y lleno de magestad hizo en el aire la señal de la cruz.

El sacerdote salió del gabinete y un profundo silencio se apoderó de aquella estancia.

CONCLUSION.

Junto á uno de los ángulos del cementerio de la Sacramental de San Luis, al pie de una estatua de mármol blanco y en medio de una plazuela irregular que formaba un cerco de copudos rosales, se veía la tierra removida como de haber aprovechado aquel solitario recinto para sepultura; y en el centro de aquella humilde sepultura, nació una fresca mata de violetas moradas.

En efecto, aquel era el lugar en que estaba enterrado Alfredo.

Muchas personas de Madrid y casi todos los habitantes de Chamberí acudían todas las mañanas á contemplar aquella violeta. De ella referían mil cuentos mas ó menos supersticiosos; pero lo cierto es que cada día se desplegaba mas fragante y robusta la misteriosa violeta.

A los quince días justos de haber brotado de la tierra esta violeta, espiró en calidad de justa una joven monja en el convento de las descalzas del Carmen. Esta joven era Adamina que fue enterrada dentro del mismo vallado de rosales, y pegada á la sepultura de su desgraciado amante.

Allá duermen los dos; id jóvenes que me escucháis, id á visitar sus sepulcros, y aprended á amar.

De don Leopoldo, de doña Adela y de la doncella no sabemos nada.

Al día siguiente de dar sepultura á Adamina acudía multitud de gente á ver si encontraban algo de nuevo en sus sepulturas; y en efecto encontraron que la fragante y fresca mata de violetas se había marchitado.

A todas horas del día se encontraban por entonces hermosas jóvenes de la corte y de Chamberí, orando arrodilladas junto á aquellas misteriosas sepulturas.

Esta es queridas lectoras, la historia de una violeta que os ofrecí referir: si he sido pesado en la narración, dispensad á vuestro S. S. Q. B. V. P.

MANUEL IBO ALFARO.

AMOR DEL CIELO.

¿A dónde te remontas alma mía?
¿Qué agitación es esta? ¿qué locura?
¿Es amor por ventura?
No sé si amor será: pero es María.
Y si es María, que es amor recelo;
Y siendo suyo debe ser del cielo.

Hay otros mil amores
De las ninfas nacidos,
Que del aire y la tierra moradores,
Roban el alma, abrasan los sentidos.
Mas el amor, que en el empíreo habita.
Bellas almas herir tan solo anhela,
Y aunque la dulce libertad les quita,
Con místico deleite las consuela.

Por este amor te quiero,
Y por tu amor me muero;
Y con tan grata muerte
Nunca osaré quejarme de la suerte.
Ni de este amor se queje tu marido,
Aunque en tu alcoba le sorprenda, y mire
Cual pajarillo revolando en torno:
Aunque le halle escondido
Entre las flores de tu huerto adorno,
Cuando en tu huerto por la noche gire.

Amor tan pudoroso, tan bonito,
Tan inocente y blando,
Dará á tu esposo mas placer que susto,
A tí tambien te agradará infinito:
Porque este amor que sabe amar callando,
Ni pide, ni da celos, ni disgusto.
Rápidas alas lleva,
Sin que á otra parte que hácia tí las mueva.
Mayor delicadeza no atesora
El amor del cantar de los cantares,
Hasta en el cielo desterrado llora,
Es, por su candidez como de nieve;
Por su ardor, es de fuego:
Y si en tu seno á reposar se atreve,
Como es tan limpio, y leve,
Ni le mancha, ni turba tu sosiego.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

DOLENCIAS DEL CORAZON.

Pálida, doliente y débil
está le cándida Djida,
tibia la luz de sus ojos,
sin cármin en sus mejillas,
en las soledades llora,
ante las gentes suspira.—

Misteriosas emociones
su corazón volcanizan;
vibra su espíritu ardiente.
cual harpa del viento herida
un ¡ay! la turba el sentido,
una canción la aniquila.
En vano sábios doctores

cabe su lecho vigilan,
y de su arte oscuro en vano
los tesoros la prodigan.

Cual una flor, que á la aurora
dió la primera sonrisa,
y que al caer de la tarde
sobre su tallo se inclina,
sin matices, sin perfumes,
pura, inocente, marchita,

Porque un gusano implacable
mordió su córola limpia,
una por una soltando
las hojas descoloridas,
de su beldad pobres restos,
bellas memorias de un día;

Asi de un mal misterioso
presa la cándida niña,
enloquece á los doctores,
á la ciencia esteriliza,
y consume poco á poco
al son del llanto su vida.

Nadie, lo que tiene, sabe,
todos piérdense en su cuita,
y todos lloran!... Tan solo
ella con calma dulcísima
lleva al corazón la mano,
y dice ¡aquí está!... y suspira.

Otras veces en vago éxtasis
absorta su fantasía,
deja escapar de su pecho
palabras de voz suavísima
y sonos, que al alma hieren,
y ayes que el corazón vibra.

Hay momentos que en el éter
sus ojos célicos fija;
y dibujando en sus lábios
ténue y doliente sonrisa,
parece que intenta en alas
volar de la fantasía
hácia una vision suprema,
que el Eden claro la brinda.

Y entretanto que sus deudos
cabe su lecho suspiran,
que enloquecen los doctores,
y que nadie da en su cuita,
la luz de aquella existencia
cual santa antorcha tranquila,
al compás de sus dolores
se estingue día por día;
sobre el corazón la mano,
la vista en el cielo fija,
cual flor á la aurora abierta
que, al caer el sol; espira.

¿Por qué así?... ¿quién á la hermosa
causó la incógnita herida?
¡Ay!... Murió el bueno de Zaide,
(según la voz lo publica
de sus llorones guerreros,
en los campos de Castilla),
y sin Zayde, ya no puede
vivir la cándida Djida.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN REXÉ,
calle de la Union, 3, bajo.